

Marcel Proust

En busca del tiempo perdido

2. A la sombra de las muchachas en flor

Traducción de Pedro Salinas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *À la recherche du temps perdu, 2. À l'ombre des jeunes filles en fleurs*

Primera edición: 1966
Tercera edición: 2011
Octava reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: «Mujeres en una carrera de caballos, 1908» (detalle)
© Ullstein/Cordon Press
Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © de la traducción: Herederos de Pedro Salinas
c/o Casanovas & Lynch Agenci Literaria, S. L.
www.casanovaslynch.com
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1966, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0000-0 (O. C.)
ISBN: 978-84-206-5273-3 (T. 2)
Depósito legal: B. 17.938-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Primera parte
365	Segunda parte

Nota del Editor

Como sabe y puede comprobar cualquier lector de su exquisita poesía, Pedro Salinas era laísta. Desde que se publicó por primera vez la traducción que iniciara en su día de *En busca del tiempo perdido* (y que llega hasta el tercer libro de la obra, *El mundo de Guermantes*, que tuvo que finalizar su amigo el también poeta José María Quiroga Plá), han sido numerosos los lectores que nos han señalado en tono de reproche la presencia de laísmos en ella. Pero, aun siendo conscientes de ellos, y por más que para algunos lectores puedan resultar molestos, la talla literaria de Salinas, así como de su traducción –para muchos, insuperada–, nos han movido siempre a conservarlos como una característica más de su estilo. Sepa, así pues, el lector que se ha optado por el respeto a este estilo antes que por amoldarlo a la corrección lingüística que rige el uso de los pronombres personales átonos, por otra parte siempre sujeta a debate.

Primera parte

Cuando en casa se trató de invitar a cenar por vez primera al señor de Norpois, mi madre dijo que sentía mucho que el doctor Cottard estuviera de viaje, y que lamentaba también haber abandonado todo trato con Swann, porque sin duda habría sido grato para el ex embajador conocer a esas dos personas; a lo cual repuso mi padre que en cualquier mesa haría siempre bien un convidado eminente, un sabio ilustre, como lo era Cottard; pero que Swann, con aquella ostentación suya, con aquel modo de gritar a los cuatro vientos los nombres de sus conocidos, por insignificantes que fuesen, no pasaba de ser un farolón vulgar, y le habría parecido indudablemente al marqués de Norpois «hediondo», como él solía decir. Y la tal respuesta de mi padre exige unas cuantas palabras de explicación, porque habrá personas que se acuerden quizá de un Cottard muy mediocre y de un Swann que en materias mundanas llevaba a una extrema delicadeza la modestia y la discreción. En lo que a este último se refiere, lo ocurrido era que aquel Swann,

amigo viejo de mis padres, había añadido a sus personalidades de «hijo de Swann» y de Swann socio del Jockey otra nueva (que no iba a ser la última): la personalidad de marido de Odette. Y adaptando a las humildes ambiciones de aquella mujer la voluntad, el instinto y la destreza que siempre tuvo, se las ingenió para labrarse, y muy por bajo de la antigua, una posición nueva adecuada a la compañera que con él había de disfrutarla. De modo que parecía otro hombre. Como (a pesar de seguir tratándose él solo con sus amigos particulares sin querer imponerles el trato con Odette, a no ser que ellos le pidieran espontáneamente que se la presentase) había comenzado una segunda vida, en común con su mujer, entre seres nuevos, habría sido explicable que para medir el rango social de estas personas, y por consiguiente el halago de amor propio que sentía en recibir las en su casa, se hubiera servido como término de comparación, ya no de aquellas brillantísimas personas que formaban la sociedad suya antes de casarse, sino de las amistades anteriores de Odette. Pero no: hasta para aquellos que sabían que le gustaba trabar amistad con empleados nada elegantes y con señoras nada reputadas, ornato de los bailes oficiales en los ministerios, era chocante oírle a él, que antes sabía disimular con tanta gracia una invitación de Twickenham o de Buckingham Palace, cómo pregonaba que la esposa de un director general había devuelto su visita a la señora de Swann.

Habrá quien diga que la sencillez del Swann elegante no fue en él sino una forma más refinada de la vanidad, y que, como ocurre con algunos israelitas, el antiguo amigo de mis padres había mostrado uno tras otro los sucesivos estados por que pasaron los de su raza: desde el *snobismo* más pueril y la más grosera granjería, hasta la más refinada de las

cortesías. Pero la razón principal, razón que puede aplicarse a la Humanidad en general, es que ni siquiera nuestras virtudes son cosa libre y flotante, cuya permanente disponibilidad conservamos siempre, sino que acaban por asociarse tan estrechamente en nuestro ánimo con las acciones que nos imponen el deber de ejercitar las dichas virtudes, que si surge para nosotros una actividad de distinto orden nos encuentra desprevenidos y sin que se nos ocurra siquiera que esta actividad podría traer consigo el ejercicio de esas mismas virtudes. El Swann ese tan solícito con sus nuevos conocimientos, y que con tanto orgullo los citaba, era como esos grandes artistas, modestos o generosos, que al fin de su vida se meten en labores de cocina o de jardinería y muestran una ingenua satisfacción por las alabanzas tributadas a sus guisos y a sus macizos, sin aguantar para estas cosas la crítica que aceptan sin reparo cuando se trata de las obras maestras de su arte, o de esos que regalan graciosamente un cuadro suyo y en cambio no pueden perder ocho reales al dominó sin enfurruñarse.

En cuanto al profesor Cottard, ya le veremos más adelante, y despacio, huésped de la patrona, en el castillo de la Raspelière. Nos bastará por lo pronto con hacer observar lo siguiente: en el caso de Swann, el cambio, en rigor, puede sorprender, porque ya se había realizado sin que yo lo sospechara cuando veía al padre de Gilberta en los Campos Elíseos, aunque como allí no me dirigía la palabra no podía hacer ante mí ostentación de sus relaciones con el mundo político (cierto que si la hubiera hecho quizá yo no me habría dado cuenta inmediata de su vanidad, porque la idea que hemos tenido formada por mucho tiempo de una persona nos tapa los oídos y nos nubla la vista; así, mi madre se pasó tres años sin advertir el colorete que se ponía una so-

brina suya en los labios, como si la pintura hubiera estado invisiblemente disuelta en un líquido, hasta que llegó un día en que una parcela suplementaria, u otra causa cualquiera, determinó el fenómeno llamado sobresaturación: cristalizó de pronto todo el hasta entonces inadvertido colorete, y mi madre, ante semejante orgía de colores, declaró, lo mismo que se haría en Combray, que aquello era una vergüenza, y casi dejó de tratarse con su sobrina). Pero en el caso de Cottard, por el contrario, aquella época en que le vimos asistir a los comienzos de Swann en el salón de los Verdurin estaba ya bastante distante, y los años son los que traen los honores y los títulos oficiales; además, se puede ser una persona inculta que haga chistes estúpidos y tener un don particular, irremplazable por ninguna cultura general, como el don del gran estratega o del gran clínico. En efecto, sus compañeros profesionales no consideraban a Cottard tan sólo como un práctico poco brillante que a la larga llegó a celebridad europea. Los más inteligentes de entre los médicos jóvenes afirmaron –por lo menos durante unos años, porque las modas cambian, cosa muy lógica, ya que ellas nacieron de la apetencia de cambiar– que, de verse malos alguna vez, a Cottard es al único maestro a quien confiarían su pellejo. Aunque claro es que preferían el trato de otras eminencias más cultas y más artistas, con las que se podía hablar de Nietzsche y de Wagner. Cuando había música en los salones de la señora de Cottard, las noches en que esta dama recibía a los compañeros y discípulos de su marido, cosa que hacía con la esperanza de que llegara a ser decano de la Facultad, el doctor, en vez de escuchar, prefería irse a jugar a las cartas a un salón contiguo. Pero todo el mundo ponderaba lo rápido, lo sagaz y lo seguro de su ojo clínico y de sus diagnósticos. Y en último término, en lo que respec-

ta al conjunto de modales que el profesor Cottard dejaba ver a un hombre como mi padre, conviene observar que el carácter que mostramos en la segunda mitad de nuestra vida no es siempre, aunque muchas veces así ocurra, nuestro carácter primero, desarrollado o marchito, atenuado o abultado, sino que muchas veces es un carácter inverso, un verdadero traje vuelto del revés. Excepto en casa de los Verdurin, que estaban encaprichados con él, el aspecto vacilante de Cottard, su timidez y su excesiva amabilidad le granjearon en su juventud perpetuas pullas. No se sabe qué amigo caritativo le aconsejó el aspecto glacial, que le fue mucho más fácil adoptar por la importancia de su posición. Y en todas partes, excepto en casa de los Verdurin, donde instintivamente volvía a ser el mismo de siempre, se mostró frío, con tendencia al silencio, terminante cuando había que hablar, y sin olvidarse de decir alguna cosa desagradable. Tuvo ocasión de ensayar esta nueva actitud con clientes que, como no le habían visto nunca, no podían hacer comparaciones, y que se habrían extrañado mucho de saber que el doctor no era hombre de natural rudo. Aspiraba sobre todo a la impasibilidad, y hasta en su trabajo del hospital, cuando soltaba alguno de aquellos chistes que hacían reír a todo el mundo, desde el jefe de la sala hasta al último interno, hacía lo sin que se moviera un solo músculo de su cara, esa cara que ahora nadie reconocería por la antigua, porque se afeitó barba y bigote.

Digamos, para terminar, quién era el marqués de Norpois. Había sido ministro plenipotenciario antes de la guerra y embajador cuando el 16 de mayo, y a pesar de eso, y con gran asombro de muchos, le encargaron de representar a Francia en misiones extraordinarias —y hasta como inspector de la Deuda en Egipto, donde, gracias a sus conoci-

mientos financieros, prestó grandes servicios— algunos ministerios radicales a quienes se habría negado a servir un sencillo burgués reaccionario, y para los cuales debiera haber sido un poco sospechoso el marqués de Norpois, por su pasado, sus aficiones y su modo de pensar. Pero esos ministros avanzados parecían darse cuenta de que con tal designación mostraban cuán grande era su amplitud de ideas siempre que estaban en juego los intereses supremos de Francia, y así se distinguían del hombre político vulgar y merecían que hasta el *Journal des Débats* los calificara de hombres de Estado; además, sacaban provecho del prestigio que lleva consigo un nombre histórico y del interés que suscita un nombramiento inesperado como un golpe teatral. Y con eso, sabían que todas esas ventajas que les reportaba el designar al señor de Norpois las recogerían sin temor alguno a una falta de lealtad política por parte del marqués, cuya elevada cuna, más que excitar recelos, garantizaba contra toda posible deslealtad. En eso no fue equivocado el Gobierno de la República. En primer término porque cierto linaje de aristocracia, hecha desde la infancia a considerar su nombre como una superioridad de orden interno que nadie les puede quitar (y cuyo valor distinguen con bastante exactitud sus iguales y sus superiores en nobleza), sabe que puede muy bien dispensarse, porque en nada los realzaría, esos esfuerzos que, sin apreciable resultado ulterior, hacen tantos burgueses para profesar exclusivamente opiniones de buen tono y no tratarse más que con gente de ideas como es debido. Por el contrario, anhelosa de engrandecerse a los ojos de las familias principescas y ducales que están en rango inmediatamente superior al suyo, esta aristocracia sabe que sólo podrá lograrlo acreciendo el contenido de su nombre con algo que no tenía y

gracias a lo cual, en igualdad de títulos, ella será la que prevalezca: con una influencia política, con una reputación literaria o artística o con una gran fortuna. Y todas las atenciones de que se cree dispensada para con un hidalgüelo o para con un príncipe que en nada le agradecería su inútil amistad se las prodiga a los políticos, aunque sean masones, que pueden abrir las puertas de las embajadas o protegerle en las elecciones; a los artistas o a los sabios, que le ayudarán a «llegar» en la rama social que ellos dominan; en fin, a todo aquel que les proporcione un lustre nuevo o les facilite un matrimonio de dinero.

Pero en lo que al señor de Norpois se refiere, lo que había ante todo es que en su larga práctica de diplomacia se había imbuido de ese espíritu negativo, rutinario, conservador, llamado «espíritu de gobierno», y que en efecto es común en todos los Gobiernos, y en particular, y bajo cualquier régimen, espíritu propio de las cancillerías. De la carrera sacó aversión, miedo y desprecio por esos procedimientos, más o menos revolucionarios, incorrectos por lo menos, llamados procedimientos de oposición. Excepto en el caso de algunos ignorantes, del pueblo o de la buena sociedad, que consideran como letra muerta el distinguir de géneros, lo que acerca a las gentes no es la comunidad de opiniones, sino la consanguinidad del espíritu. Un académico del género de Legouvé que fuera partidario de los clásicos aplaudiría más gustoso el elogio de Víctor Hugo por Máximo Ducamp o por Mezières que el elogio de Boileau hecho por Claudel. Un mismo nacionalismo basta para acercar a Barrès a sus electores, que no distinguirán una gran diferencia entre él y M. Georges Berry; pero en cambio no le acercará a aquellos colegas suyos de Academia que aun teniendo las mismas ideas políticas sean de distinto corte espiritual, y

que preferirán a adversarios como MM. Ribot y Deschanel; y a su vez, Ribot y Deschanel, sin ser monárquicos, estarán mucho más cerca para algunos realistas que Maurras y León Daudet, aunque éstos deseen la vuelta del rey. Sumamente parco de palabras, no sólo por hábito profesional de reserva y de prudencia, sino porque las palabras tienen mayor precio y riqueza de matices para hombres cuyos esfuerzos de diez años por aproximar a dos naciones se resumen y se traducen en un discurso o en un simple protocolo –por medio de un sencillo adjetivo al parecer trivial, pero que para ellos es todo un mundo–, el señor de Norpois pasaba por hombre muy frío en la Comisión de que formaba parte al lado de mi padre, al cual felicitaban todos por la amistad de que le daba pruebas el ex embajador. Mi padre era el primer sorprendido por esa amistad. Porque, por regla general, era poco amable y no solía ser muy solicitado fuera del círculo de sus íntimos, cosa que confesaba con toda sencillez. Dábase cuenta mi padre de que las demostraciones amistosas del diplomático eran efecto de ese punto de vista, absolutamente individual, en que se coloca todo hombre para decidir respecto a sus simpatías; y colocados en ese punto de vista, todas las cualidades intelectuales o toda la sensibilidad de una persona que nos cansa o nos molesta no serán tan buena recomendación como la jovialidad y la campechanía de otra persona que a los ojos de mucha gente pasaría por frívola, vacua e inútil. «Otra vez me ha invitado a cenar de Norpois. ¡Es extraordinario! En la Comisión están todos estupefactos, porque allí él no tiene amistad particular con nadie. Tengo la certeza de que me va a contar más cosas palpitantes de la guerra del setenta.» Mi padre estaba enterado de que el señor de Norpois fue casi el único que llamó la atención de Napoleón respecto al creciente

poderío y a las belicosas intenciones de Prusia, y de que Bismarck le estimaba particularmente por su inteligencia. Y aun muy recientemente los periódicos habían hecho notar que en la Ópera, durante la función de gala en honor del rey Teodosio, el monarca favoreció al señor de Norpois con una prolongada conversación. «Voy a ver si averiguo si esa visita del rey ha tenido realmente importancia –nos dijo mi padre, que se interesaba mucho por la política extranjera–. Ya sé que el bueno de Norpois es muy cerrado, pero conmigo se franquea muy amablemente.»

En cuanto a mi madre, el género de inteligencia peculiar del ex embajador no era quizá de los que preferentemente la atraían. Es bueno decir que la conversación del señor de Norpois era un repertorio tan completo de formas desusadas del lenguaje, características de una determinada carrera, de una determinada clase y de una determinada época –época que para esa carrera y esa clase pudiera ser muy bien que no estuviera enteramente abolida–, que muchas veces siento no haber retenido en la memoria pura y simplemente las frases que le oí. De esa manera habría yo logrado un efecto de «pasado de moda» del mismo modo y tan barato como ese actor del Palais Royal que cuando le preguntaban dónde iba a buscar aquellos sombreros sorprendentes, respondía: «Yo no voy a buscar mis sombreros a ninguna parte. Lo que hago es no tirar ninguno». En una palabra, creo yo que mi madre juzgaba al señor de Norpois un tanto «anticuado», cosa que distaba mucho de desagradarla en lo referente a modales, pero que ya le gustaba menos en el dominio, si no de las ideas –porque el señor de Norpois era de ideas muy modernas–, en el de las expresiones. Sólo que se daba perfecta cuenta de que era un delicado halago a su marido el hablarle con admiración del diplomático que le mostraba

una predilección tan poco frecuente. Y cuando fortificaba en el ánimo de mi padre la buena opinión que tenía del señor de Norpois, y por ende le llevaba a formar buena opinión de sí propio, hacía lo con conciencia de cumplir aquel de sus deberes consistente en hacer la vida grata a su esposo, lo mismo que cuando velaba por que la cocina fuera delicada y para que el servicio se hiciera sin ruido. Y como era incapaz de decir mentiras a mi padre, resultaba que ella misma se impulsaba a admirar al embajador con objeto de poder alabarle con entera sinceridad. Y desde luego estimaba muchas cualidades suyas: su aspecto bondadoso; su cortesía, un poco a la antigua (y tan ceremoniosa que, si yendo él a pie, bien enderezado el cuerpo, de buena talla, veía a mi madre pasar en coche, antes de darla un sombrero tiraba bien lejos un cigarro puro que acababa de encender); su conversación tan mesurada, en la que hablaba de sí mismo lo menos posible y tenía siempre en cuenta lo que podía agrandar al interlocutor, y su puntualidad, tan sorprendente, en contestar a las cartas, que cuando mi padre, que acababa de escribirle, reconocía en un sobre la letra del señor de Norpois, se imaginaba, en el primer pronto, que, por una mala suerte, se habían cruzado sus cartas: parecía como si el correo hiciera para él recogidas suplementarias y de lujo. Maravillábase mi madre de que fuera tan puntual aunque estaba tan ocupado y tan amable aunque tan solicitado; no se le ocurría que los «aunque» son siempre «porque» desconocidos, y que (así como los viejos asombran por lo viejos, los reyes por lo sencillos y los provincianos por lo bien enterados) unos mismos hábitos eran los que permitían al señor de Norpois satisfacer tantas ocupaciones, ser tan ordenado en sus respuestas, agrandar en sociedad y estar amable con nosotros. Además, el error de mi

madre, como el de todas las personas de excesiva modestia, arrancaba del hecho de que ella colocaba por debajo y, por consiguiente, aparte de las demás todas las cosas que la concernían. Y esa pronta respuesta, que para ella revestía de mérito al amigo de mi padre porque nos había contestado tan pronto, él, que tantas cartas tenía que escribir al cabo del día, la ponía mi madre aparte de ese gran número de cartas diarias, cuando en realidad no era más que una de ellas; asimismo, no se convencía ella de que cenar en nuestra casa era para el señor de Norpois uno de los innumerables actos de su vida social; no se le ocurría que el embajador tuvo costumbre en otros tiempos de considerar las invitaciones a cenar fuera como parte inherente a sus funciones, y de desplegar en esas comidas una gracia tan inverterada, que sería exigencia excesiva la de pedirle que la olvidara como cosa extraordinaria cuando venía a cenar a casa.

La vez primera que estuvo invitado a cenar en casa el señor de Norpois, un año cuando yo iba todavía a jugar a los Campos Elíseos, se me ha quedado grabada en la memoria porque aquel mismo día fui por fin a oír a la Berma en función de tarde, y además porque hablando con el señor de Norpois me di cuenta, de pronto y de un modo nuevo, de cuán distintos eran los sentimientos que en mí suscitaban Gilberta Swann y sus padres de los que esa misma familia Swann inspiraba a otra persona cualquiera.

Mi madre, indudablemente, al darse cuenta del abatimiento en que me sumía la proximidad de las vacaciones de Año Nuevo, durante las cuales no podría ver a Gilberta, según me lo anunció ella misma, me dijo un día para distraerme: «Si sigues con las mismas ganas de oír a la Berma, me parece que papá te dará permiso para que vayas; puede llevarte tu abuela».

Y era que el señor de Norpois había dicho a mi padre que debía dejarme ir a ver a la Berma y que eso sería para un muchacho un recuerdo imperecedero; y papá, hasta entonces tan hostil a que yo fuese a perder el tiempo, con riesgo de coger una enfermedad, para una cosa que él llamaba, con gran escándalo de mi abuela, una inutilidad, casi llegó a considerar aquella función preconizada por el embajador como parte de un vago conjunto de recetas preciosas que tenían por objeto el triunfar en una brillante carrera.

Mi abuela, que había renunciado ya al beneficio que según ella debiera causarme el oír a la Berma, haciendo con ello un gran sacrificio en aras del interés de mi salud, extrañábase de que ahora, sólo por unas palabras del señor de Norpois, mi salud no entrara ya en cuenta. Como ponía todas sus esperanzas de racionalista en el régimen de aire libre y de acostarse temprano que me habían prescrito, deploró como si fuera un desastre la infracción que ese método iba a sufrir, y decía a mi padre, con tono condolido, que era muy «ligerero», a lo cual respondía él furioso: «¿Cómo? ¿De modo que ahora usted es la que no quiere que vaya? ¡Eso ya es demasiado! ¡Usted misma, que nos estaba diciendo a todas horas que le sería muy provechoso ir!».

Pero el señor de Norpois desvió las intenciones de mi padre en un punto de mayor importancia para mí. Papá siempre quiso que yo fuera diplomático, y yo no podía hacerme a la idea de que aun cuando estuviese algún tiempo agregado al ministerio siempre corría el riesgo de que un día me mandaran de embajador a una capital en donde no viviera Gilberta. Más me hubiera gustado volver a mis proyectos literarios, aquellos que antaño formaba y abandonaba durante mis paseos por el lado de Guermantes. Pero mi padre

se opuso constantemente a que me consagrara a la carrera de las letras, que él consideraba muy inferior a la diplomacia, sin querer darle siquiera el nombre de carrera, hasta el día que el señor de Norpois, no muy aficionado a los agentes diplomáticos de las nuevas hornadas, le aseguró que como escritor podía uno ganarse tanta consideración y tanta influencia como en las embajadas y ser aún más independiente.

«Oye, ¿sabes que he hablado con el bueno de Norpois y que no le parece mal que te dediques a escribir? Me ha extrañado.» Y como él tenía mucha influencia y se figuraba que nada había que no pudiese arreglarse y tener solución favorable hablando con gente importante, añadió: «Le traeré a cenar una noche de éstas, al salir de la Comisión. Así hablarás con él para que pueda apreciarte. Escribe alguna cosa que esté bien para que se la puedas enseñar; es muy amigo del director de la *Revue des Deux Mondes*, y te meterá allí. Ya te lo arreglará, ya; es un zorro viejo. Y parece opinar que la diplomacia de hoy día...».

Mi felicidad por no tener que separarme de Gilberta infundíame el deseo, pero no la capacidad, de escribir alguna cosa buena que pudiera enseñar al señor de Norpois. Al cabo de unas páginas preliminares se me caía la pluma de la mano, de aburrimiento, y lloraba de rabia al pensar que nunca tendría talento, que carecía de aptitudes y no podría aprovecharme siquiera de esa oportunidad de no salir de París que me iba a proporcionar la próxima visita del señor de Norpois. No tenía más distracción en mi desconsuelo que la idea de que me iban a dejar ir a ver a la Berma. Pero así como no deseaba yo ver tempestades más que en las costas donde eran más violentas, ahora era mi deseo oír a la Berma en uno de esos personajes clásicos en los que, según

me dijera Swann, llegaba a lo sublime. Porque cuando ansiamos recibir determinadas impresiones de naturaleza o de arte con la esperanza del que va a hacer un descubrimiento precioso, sentimos mucho escrúpulo en dejar que penetren en nuestra alma, en lugar de aquéllas, otras impresiones menores que pueden equivocarnos respecto al valor exacto de lo Bello. La Berma en *Andromaque*, en *Les Caprices de Marianne*, en *Phèdre*, era una de las grandes cosas que mi imaginación tenía muy deseadas. Y si alguna vez oía yo recitar a la Berma esos versos de

On dit qu'un prompt départ vous éloigne de nous Seigneur...

sentiría el mismo arrobo que el día en que una góndola me llevara hasta el pie del Ticiano de los Frari o de los Carpaccios de San Giorgio. Conocíalos yo por reproducciones en negro de las que se dan en las ediciones impresas; pero me saltaba el corazón al pensar, como en la realización de un viaje, que los vería alguna vez bañarse efectivamente en la atmósfera y en la soleada claridad de la voz áurea. Un Carpaccio en Venecia y la Berma en *Phèdre* eran obras maestras del arte pictórico o dramático, que por el prestigio a ellas inherente estaban en mí como vivas, es decir, indivisibles, y si hubiera ido a ver Carpaccios en una sala del Louvre o a la Berma en una obra de la que no había oído hablar, ya no habría experimentado el mismo delicioso asombro de tener al fin los ojos abiertos ante el inconcebible objeto de miles y miles de ensueños míos. Además, como esperaba del modo de representar de la Berma revelaciones sobre determinados aspectos de la nobleza y del dolor, me parecía que lo que tuviera de real y de grande su arte lo sería aún más si la actriz lo superponía a una obra de verdadero valor,